

**TÍTULO:** *Recordando a Lampe*

**AUTOR:** José Luis de Juan

**COLECCIÓN:** Gran Angular

**EDITORIAL:** SM

### Primeras páginas

El 18 de febrero de 1802, Martin Lampe entró por la puerta de servicio de Kant en Königsberg y con un machete del ejército prusiano hirió repetidas veces al criado Kaufmann en el cuerpo y en la cara.

La escena que encontró la cocinera, mujer acostumbrada a verter sin temor la sangre en toda clase de animales, le causó una terrible conmoción. Kaufmann tenía medio cuerpo recostado boca arriba en la larga mesa de madera donde se preparaban los alimentos. Las piernas pendían inertes y los pies estaban descalzos. Un tajo le había rebanado una oreja, que colgaba de varios hilos sanguinolentos. Otra puñalada se había hundido en la mejilla, abriéndola como un filete de carne fresca. Varios dientes ennegrecidos por el tabaco quedaban al descubierto en una grotesca mueca de carnaval. Su abdomen también mostraba señales del acero: la levita medio abotonada tenía un desgarró de un palmo y la camisa se veía empapada de sangre, si bien la herida parecía no ser demasiado profunda por ese lado. Más lo era la que, partiendo de la cadera, bajaba hasta la ingle, de donde manaba con increíble fluidez el líquido de color rojo oscuro.

El rostro de por sí pálido de Kaufmann estaba amarillo, compitiendo con la cera de la vela que portaba la señora Folcher. Su mano derecha se crispaba arrugando parte de la Gaceta de Hartung de la semana anterior. El resto de hojas se habían esparcido por el suelo, salpicadas de sangre. Parecía imposible que un cuerpo tan magro y enjuto como el del criado pudiera contener tanta. A juzgar por su corta estatura, la cocinera no le hacía más de cincuenta y cinco quilos de peso. Por un momento pasó por su mente la cantidad de litros de ese líquido precioso que debía encerrar su propio cuerpo. Se estremeció. La señora Folcher doblaba en envergadura al criado Kaufmann.

(...) Un repentino rumor de vajilla zarandeada la paralizó. Provenía de la despensa. ¡Estaba ahí, sin duda! No era una rata. Las ratas hacen otro tipo de ruidos. Al moverse, el atacante de Kaufmann habría rozado una pila de platos limpios. Lo mejor era enfrentarse a él. No quería morir de una cuchillada en la espalda intentando escurrirse de la cocina.

La señora Folcher se dirigió hacia la despensa con paso lento y ligero. Intentaba no hacer ruido para que quien se ocultaba no intuyera sus movimientos. La puerta estaba abierta...